

Aquello que escapa a la duración. Cuerpo, política y aceleración

That which escapes the duration.
Body, politics and acceleration

NEREA MIRAVET SALVADOR*

Resumen: A partir de las reflexiones de Reinhart Koselleck, Paul Virilio, Zygmunt Bauman y Hartmut Rosa sobre el significado e implicaciones de la modernización, el presente texto aborda la relación entre la descorporalización detectada por estos autores y la pérdida de vigencia de la promesa moderna de autonomía que asimismo identifican y deploran.

Palabras clave: aceleración, autonomía, cuerpo, duración.

Abstract: Based on Reinhart Koselleck, Paul Virilio, Zygmunt Bauman, and Hartmut Rosa's reflections on the meaning and implications of modernization, this paper addresses the relationship between the discorporalization detected by these authors and the loss of validity of the modern autonomy's project, which they also identify and deplore.

Keywords: acceleration, autonomy, body, duration.

El tradicional dualismo establecido entre mente y cuerpo en la filosofía occidental ha supuesto por lo general un primado de la dimensión espacial en la consideración de este último. Cuerpo sería una superficie delimitada, una res extensa, asignándole al tiempo el lugar de la conciencia, del espíritu, del sentido interno. Sin embargo, la cuestión del cuerpo mantiene una relevante trabazón con la de la duración. Y ello no solo porque sea lo propio de los contornos que definen un cuerpo el durar lo suficiente para que este pueda ser identificado como tal; o porque la duración sea la sombra que oscurece el formarse y deformarse que le sería inherente a estos límites; sino también, tratando de superar dualismos, porque el cuerpo en cuanto encarnación, en tanto que viviente que toma conciencia de sí (*Leib* y no solo *Körper*), lo hace inserto en una determinada trama temporal. Considerado, así pues, tanto desde la continuidad/discontinuidad física en el espacio, cuanto desde la

Fecha de recepción: 10/06/2016. Fecha de aceptación: 06/09/2016.

* Estudiante de doctorado en la Universidad de Valencia, donde forma parte del grupo de investigación "Historia Conceptual y crítica de la Modernidad", dirigido por Faustino Oncina Coves. Entre sus publicaciones cabe destacar: "Disolución y condensación del poder. Un examen de la 'Modernidad líquida' a través de Giacomo Marramao" (*Ápeiron*, 2014); o la coedición, junto a Faustino Oncina y Héctor Vizcaíno, del volumen *Conceptos nómadas: Auto-determinación* (Valencia, PUV, 2014). Correo electrónico: Nerea.Miravet@uv.es

identidad/diferencia del cuerpo capaz de sentirse –siempre como dos aproximaciones a una y la misma entidad– el baremo entre cambio y permanencia, reposo y movimiento o, por qué no, tradición e innovación, sería así una fuente insoslayable de cuestiones a atender en la consideración del cuerpo. Desde esta perspectiva, la cuestión corporal encuentra en los debates alrededor del cambio de época un importante punto de anclaje que trataré de poner de manifiesto.

Antes y después de que Marx y Engels acuñasen aquella pregnante fórmula de que la irrupción de la burguesía en el escenario de la historia desvanece todo lo sólido en el aire, no han faltado las lecturas de la Modernidad que la identifican con una irrefrenable disolución de cualquier entidad con pretensiones de consistencia duradera. El caso más claro es sin duda el de Zygmunt Bauman, para quien la idiosincrasia de la época contemporánea vendría determinada por su carácter líquido, a la vez herencia y creación del tiempo presente con respecto al moderno. Pero más allá de este, parece ser un rasgo común a los autores que priman el estudio de las mutaciones en la experiencia del tiempo al menos del siglo XVIII a esta parte, el considerar que nos hallamos en el reino del cambio, del movimiento y, por ende, de lo efímero, lo veleidoso, de aquello que no sería sin su propensión a desaparecer. En esta línea se mueve la crítica a la estética de la desaparición de Paul Virilio y la política que la acompaña; la preocupación de Reinhart Koselleck por la disolución de las estructuras del cambio a largo plazo y su atención a los monumentos funerarios como posibles efectos dilatorios; o la alienación del individuo contemporáneo diagnosticada por Hartmut Rosa, en la que si bien lo corporal no es tratado de forma aislada, queda repartido entre los dominios de la alienación respecto a los objetos, el tiempo, el espacio, las propias acciones, los otros y la relación con uno mismo.

Con diferentes matices, en lo concerniente sobre todo a datación y exposición de causas, los autores antes citados destacan como característica central de la Modernidad el arranque de una aceleración sin precedentes. Aun los que como Virilio la consideran una constante de la historia por el vínculo entre velocidad y política, reconocen en la Época Moderna una intensificación determinante de la misma. Como se ha señalado numerosas veces, la Modernidad es auto-reflexiva, se constituye en su gesto de postularse a sí misma como un tiempo nuevo en pretendida oposición con aquello que la antecede. Desde esta aspiración, los antiguos vínculos, lealtades, creencias y modos de hacer ven su validez puesta en suspenso en espera del escrutinio de su adecuación al proyecto de una auto-fundación racional de los saberes, la política, la economía o la identidad. La re-consideración de la virtud en política, la duda metódica, el affaire Galileo, la paz de Westfalia o la progresiva apertura al librecambismo, son algunos de los hitos que se confabulan para dar el pistoletazo de salida a una irrefrenable “sed de destrucción creativa”, como la llamará Bauman.¹

Sobre este trasfondo, empiezan a asentarse los dos supuestos fundamentales que, de acuerdo con Rosa, sostendrán el llamado proyecto político moderno: la convicción en que la sociedad es una tarea que hay que organizar políticamente en el tiempo y la asunción de que las distintas estructuras de los emergentes Estados modernos mantienen una relación de sincronía respecto a las evoluciones sociales, de modo que es posible decidir y organizar políticamente el curso de las mismas. La política es, en este sentido y este momento, un

1 Bauman, Z., *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos, 2005, pág. 33.

factor acelerante. Pero como señala Koselleck, en esta gestión del futuro –y en esta acción acelerante– un factor es decisivo: la persistencia de elementos cuyo menor dinamismo permita realizar hipótesis racionalmente justificadas sobre lo que está por acontecer. Si el espíritu disolutorio de la Modernidad se vincula, como hacen estos autores, con la aspiración a inaugurar un nuevo orden de tipo racional y, por ende, según una concepción de la razón típicamente ilustrada, un orden cierto, seguro, evidente, universal, irrefutable... la emancipación del futuro con respecto al pasado no le concede al porvenir una libertad absoluta, sino una libertad condicional por la que tiene que medirse una y otra vez con los diseños que tratan de imponérsele. Ello supone que, pese a la connivencia de la Época Moderna con la innovación, una cierta estabilidad se mantiene y es, de hecho, requerida para que el establecimiento de esos planes sea factible y esté fundamentado. La persecución de la promesa de autonomía demanda entonces tanto la disolución de lo viejo como el establecimiento de lo durable.

Según lo plantean los autores entre los que nos estamos moviendo, el cambio de época, el acceso a eso que según el tipo de relación con su antecesora se ha denominado “Postmodernidad”, “Hipermodernidad”, “Sobremodernidad”, “Modernidad avanzada”, “Modernidad tardía” o “Modernidad líquida”, da al traste justamente con esta doble exigencia, decantando la balanza del lado de la disolución. Posibilitado en gran medida por el desarrollo tecnológico y el despegue de un sistema económico cada vez más desprendido del trabajo y la producción, se habría dado un estallido tal en el compás de transformaciones a todos los niveles que, en términos de Koselleck, hasta las estructuras se habrían vuelto acontecimiento. Se mantendría el empuje sublimador propio de toda modernidad, pero no así su contrapeso solidificante. La contemporaneidad se configuraría, de este modo, como un mundo dominado por las contingencias, donde la temporalidad sería la enseña del trabajo, los saberes, las creencias, las relaciones, los objetos con los que interactuamos o los espacios que habitamos.

Este ulterior proceso de modernización es visto con recelo por los autores mencionados. En conjunto parecen sugerir que una presencia que se sustenta en la ausencia es, en términos generales, una fuente de patologías. La aceleración se impone como una fuerza extranjera y perturbadora a cuerpos y procesos cuyo desarrollo propio requeriría una cadencia más pausada. Koselleck, por ejemplo, asegura que la simultaneidad cronológica de lo que en lo político y social no es simultáneo –a resultas del elevado ritmo de aparición de novedades y metamorfosis, sin tiempo siquiera para el desalojo o desaparición de lo anterior– es actualmente una de la principales causas de conflicto.² Bauman, por su parte, ha elaborado en sus diferentes obras todo un catálogo de los fenómenos de depauperación debidos al carácter líquido de la actual fase moderna: superficialidad de las relaciones sociales, precariedad laboral, trivialización de la muerte, sobrecarga emocional de los individuos... Rosa enfatiza el vuelco que esta pujanza del movimiento sobre la permanencia le habría ocasionado a las formas de identidad y las de la política, ambas periclitadas desde la perspectiva de su potencial para influir en la orientación de los acontecimientos individuales o colectivos. Y en el caso de Virilio, se subraya particularmente el problema del presunto efecto adormecedor de la instantaneidad propiciada por los medios de comunicación de masas y las tecnologías de la imagen.

2 Koselleck, R., “¿Existe una aceleración de la historia?”, en J. Beriain y M. Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2007, pág. 333.

Este tipo de valoraciones ha llevado a que en algunas ocasiones se haya reprochado a estos autores el mantener como premisa una idea demasiado rígida de lo humano, lo social, la política y, también, del cuerpo. Se ha interpretado –a menudo justificadamente– que la valoración negativa de las transformaciones acaecidas con el cambio de época se apoyaba en la postulación tácita de una forma más original y propia de estar en el mundo, de producir sentido o de ser un cuerpo.³ Me parece, sin embargo, que el acento cabría ponerlo no tanto en si se sostiene un tipo de cuerpo – extendiendo atrevidamente este sustantivo también al “cuerpo social” e incluso al “cuerpo político” – más o menos apto para el cambio (estos autores asumen por lo general que los límites se conquistan históricamente), cuanto en las sospechas de que la decisión sobre la irrupción de continuas metamorfosis, sobre la alteración de los límites o los contornos del cuerpo, no está al alcance de los propios individuos. De esta manera, con la corporalidad plegada a condiciones de extrema temporalización, presencia y ausencia se erigen como verdaderos puntales de la reflexión en torno a la autonomía. La posibilidad para un cuerpo de sobrevivir a la extrema flexibilización a que lo someterían las condiciones de vida contemporáneas, es entonces una pregunta del mayor calado político, por cuanto aquello que se busca esclarecer es, en definitiva, si la facilidad con la que en este se intercambian la presencia y la ausencia responden al título de liberación y promesa o al de coacción e incluso condena.

En la medida en que la decantación hacia el lado de la dinamización, el aumento exponencial al que se suceden los acontecimientos, ataca la estabilidad de los marcos institucionales y la fiabilidad de los horizontes de espera, se pone en cuestión aquella condición de posibilidad que habíamos establecido para el rol orquestal de la política en la Época Moderna. Los intentos por llevar a cabo una gestión política de la energía nuclear, de los desechos radioactivos o de la manipulación genética, son ejemplos de cómo en el escenario tardo-moderno la necesidad de planificación por el alcance de las consecuencias de lo que se decide, crece de manera inversamente proporcional a la reducción del tiempo disponible para la toma de decisiones. La urgencia y efectos de las decisiones políticas chocan contra el lapso necesario para la toma de decisiones racionales, puesto que a menor estabilidad de las condiciones y mayor complejidad del contenido de lo que se decide, mayor la necesidad de información y de tomar en cuenta las contingencias y alternativas y, por tanto, creciente la demanda de tiempo. Como consecuencia, cada vez menos asuntos son susceptibles de una reglamentación a largo plazo, lo que explica la reaparición continuada de las mismas cuestiones en las agendas políticas.

No solo se trata de que las formas de prácticas culturales, religiosas, políticas, los flujos financieros e intelectuales... se fluidifiquen y dinamicen, sino que con ello tienden además a volverse independientes unos de otros, incapaces de constituir un agregado sólido y consistente a largo plazo. La política, fuerza motriz de la modernidad clásica, llamada antaño a armonizar los diferentes niveles e instituciones sociales resulta, por democrática, impermeable a las altas velocidades que imponen la economía o el desarrollo tecnológico. La demora de los procesos de síntesis de intereses colectivos en los que –si realmente es democrática– se apoya, más la creciente dificultad en la formación y articulación de

3 Cfr. por ejemplo: García Varas, A., “Tiempo, cuerpo y percepción en la imagen técnica. Paul Virilio y la ‘estética de la desaparición’”, *Studium: Revista de humanidades*, n°16, 2010, pp. 231-247.

voluntades debida a la propia aceleración de los cambios sociales, culturales y económicos, condenan a la política a una posición subalterna desde la que, a salto de mata, trata de reaccionar a la cadencia de acontecimientos marcada desde otros lares. Se alcanza así un límite crítico donde el ritmo intrageneracional de metamorfosis (y ya no, como en la Modernidad clásica, intergeneracional), conllevaría una renuncia a las “planificaciones metatemporales”, a la intervención sobre las cualidades temporales de los acontecimientos y las acciones para marcar su duración y posición dentro de un encadenamiento más amplio y socialmente compartido. Se niegan de este modo los dos supuestos que sostenían el proyecto político moderno: ni la sociedad puede ser ya entendida como una tarea a organizar en el tiempo puesto que no es más que una yuxtaposición de esferas autónomas con sus propias lógicas temporales; ni la política es por más tiempo capaz de imponer un determinado ritmo a esas evoluciones diferenciadas.

En paralelo, en el plano individual, la vida de los hombres y mujeres modernos líquidos se desarrolla siguiendo la cadencia marcada por trabajos progresivamente menos duraderos, saberes e instrumentos de caducidad temprana, vínculos interpersonales nacidos bajo el auspicio de la obsolescencia o rebeliones cada vez más adscritas a la consecución de objetivos concretos a corto plazo. Puesto que nada está hecho para persistir, la experiencia vital se carga de contingencia y pierde la posibilidad de ser enmarcada en una trayectoria. La confección de un *projet de vie* que pueda sostener no solo la realización del individuo como tal, sino también integrar las aspiraciones de una colectividad, es de todo punto insostenible. La profesión, la familia, el lugar de residencia, las inclinaciones políticas o religiosas, las preferencias y convicciones intelectuales, literarias o deportivas... ya no pueden servir de soporte a la identidad más que en el marco restringido de un periodo exiguo y presumiblemente menguante. Pero actuar requiere, como exigencia meramente práctica, una autoimagen de identidad en el tiempo, con el fin de afrontar la acción por encima de incoherencias autobiográficas. Desde esta perspectiva, la pérdida de unidad narrativa inherente a la aceleración tardo-moderna supone el menoscabo de la posibilidad de situarse en el mundo de acuerdo con jerarquías y evaluaciones propias, esto es, “la representación de una autonomía que permita al sujeto, sea cual sea el contexto, y con cierta permanencia, perseguir valores y objetivos que él mismo ha definido”.⁴ Desarmado en cuanto a su autodeterminación, el sujeto se ve asediado por una presión a mantenerse en la carrera, que lo lleva, dirá Rosa, a perseguir y realizar objetivos y prácticas que no desea e incluso que no aprueba realmente.⁵

Ello explica que este último califique la aceleración contemporánea de fuerza totalitaria. Según Rosa, la urgencia y la inmediatez de una vida estrictamente sometida a horarios y plazos de necesario cumplimiento funciona como un principio abstracto que ejerce presión sobre la voluntad y la acción de todos los sujetos sin excepción, ocupándolo todo (no es posible sustraerse, afecta a todos y a todos los dominios de la vida) y presentándose como imposible de criticar y combatir. Esta última es, de hecho, la cuestión central. Las rigurosas normas temporales que dominan las sociedades tardo-modernas no son en

4 Rosa, H., *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 2005.

5 Rosa, H., *Alienation and Acceleration: Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*, Aarhus University Press, 2010.

absoluto reconocidas ni percibidas como estando socialmente construidas, sino que se toman como hechos naturales y, por consiguiente, se excluyen del dominio de la política. Así, la silenciosa normatividad de unos ritmos temporales aparentemente naturales y, en tanto que así, no sujetos a interpelación alguna, convierte a los acelerados individuos de la modernidad tardía en sujetos alienados.

En este punto, Bauman lleva la cuestión más lejos. La inexistencia de un cuerpo del poder al que interpelar es en gran medida la que condena a los individuos a esa posición enajenada y la que hace que esos dictados parezcan incuestionables. La división entre lo etéreo y lo encarnado marca una brecha en el ejercicio del poder. Para él no solo se trataría de que la espiral de la aceleración veta la autonomía de los individuos, sino de que este proceso no es en absoluto ajeno a la constitución de ciertas élites poderosas que lo son, precisamente, en su capacidad para desmaterializarse. Aristocracias electrotécnicas, como las llamará Virilio, que ejercen su control mediante la producción masiva de incertidumbre. “La desaparición del Estado-nación coincide y se confunde con la expropiación de las antiguas élites locales, que por el hecho de ser locales han perdido casi todo su poder, y con la secesión de una nueva élite global cada vez más poderosa justamente por ser global: una élite que ya no está arraigada ni atada a ninguna de las entidades políticas nominalmente soberanas”.⁶ De ahora en adelante el poder es poder de movimiento y, por ende, las delimitaciones territoriales se convierten en impedimentos a vencer. Esto supone, por un lado, que el poder ya no tiene sedes, ya no se arremolina entorno a centros o primeras líneas de combate sino que amplía el campo de batalla a la totalidad del espacio global, homogéneo y libre de indicaciones y significados estables. Ya no hay un espacio sólido que conquistar, ni líder o ideario a los que exigir rendir cuentas “Lo que ha ocurrido durante el pasaje del capitalismo pesado al liviano es que han desaparecido los invisibles ‘politburós’ capaces de ‘absolutizar’ los valores de las cortes supremas autorizadas a emitir veredictos inapelables sobre objetos dignos de ser perseguidos”.⁷ Con lo que, por otro lado, y en virtud de ese mismo apego a la movilidad, el poder ya no se entiende como la coacción a ajustarse a un orden netamente delimitado (la “absolutización de valores” y el “veredicto inapelable sobre objetos dignos de ser perseguidos”), en la medida en que esto requeriría un compromiso con el lugar acotado por tal orden que obstaculizaría la labilidad que hace de esas instancias agentes de poder. La novedad radical producida en el ámbito del poder por la electrizante aceleración alcanzada, resulta así no ser tanto la dilatación de las posibilidades de la presencia, cuanto la hegemonía de la desaparición. “La sustancia que alimenta a la actual Segunda Fase de la Gran Transformación es el derrumbe del proyecto de la ‘ingeniería social’ y de las agencias deseosas y capaces de hacer de aquél una realidad palpable (...) Por estos días, el arte de la administración consiste cada vez más en negarse a administrar y en dejar aquello que antes era objeto de administración librado a ‘su propio equilibrio’”.⁸ Con un Estado pusilánime que no solo no es capaz de hacer frente a las nuevas élites globales, sino que además se ve en la tesitura de solventar desde su espacio local y con sus obsoletos instrumentos modernos de gestión de la soberanía, problemas de procedencia global (trabajo, inmigración, medioam-

6 Bauman, Z., *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE, 2004, pág. 282.

7 Bauman, Z., *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2007, pág. 66; cfr. también (2004), *La sociedad sitiada*, op. cit., pp. 284-286.

8 Bauman, Z., *La sociedad sitiada*, op. cit., pp. 23 y 47.

biente...); y un capital que hace descansar su optimización en el desmantelamiento de todo compromiso con la población, la falta de encarnación del poder se traduce, en el marco del pensamiento baumaniano, en una privatización de la Modernidad misma “en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo”.⁹

Podemos entender ahora por qué nuestro cuarteto de plumas reacciona con suspicacia a la acción descorporalizadora de la Modernidad. El problema de lo que no alcanza a materializarse con opciones verosímiles de cierta continuidad es que destruye las condiciones de existencia de un margen de decisión sobre el tiempo. Proceso autonomizado o técnica de dominación de nuevas élites globales, la aceleración contemporánea, sugieren estos autores, socava el espacio de la autodeterminación.

La experiencia histórica, especialmente en lo que se refiere a intentos fracasados de ingeniería social, y las condiciones en las que se desarrolla nuestro presente, nos han sustraído la posibilidad de pedirle a la presencia que se sustente en la permanencia. Es inverosímil y dudosamente deseable. No obstante, ¿qué grado de inconsistencia es compatible con el mantenimiento de un cierto proyecto de autonomía colectiva? ¿Es necesario sostener una idea de lo encarnado demasiado rígida para poder percibir el carácter problemático de las transformaciones acaecidas? ¿Renunciar al substancialismo conlleva sacrificar con él el reclamo de una manera mejor de estar en el mundo? En ello se concentra, en último término, el problema político del cuerpo que escapa a la duración.

Bibliografía

- Bauman, Zigmunt (2004): *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires.
- Bauman, Zigmunt (2005): *Modernidad y ambivalencia*, Anthropos, Barcelona.
- Bauman, Zigmunt (2007): *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires.
- García Varas, Ana (2010): “Tiempo, cuerpo y percepción en la imagen técnica. Paul Virilio y la ‘estética de la desaparición’”, *Studium: Revista de humanidades*, n°16, pp. 231-247.
- Koselleck, Reinhart (1993): *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona [etc.], Paidós.
- Koselleck, Reinhart (2003): *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos.
- Koselleck, Reinhart (2007): “¿Existe una aceleración de la historia?”, en J. Beriain y M. Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Anthropos, Barcelona.
- Rosa, Hartmut (2005): *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- Rosa, Hartmut (2010): *Alienation and Acceleration: Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*, Aarhus University Press.
- Virilio, Paul (2006): *Velocidad y política*, Buenos Aires, La Marca, 2006.
- Virilio, Paul (2010): *Le Grand Accélérateur*, Galilée, París, 2010.

9 Bauman, Z., *Modernidad líquida*, op. cit., pp. 13 y 34.

